
JOSE FELIX FUENMAYOR

La poesía del “Hombre en transición”

JULIO NUÑEZ MADACHI

Nada fácil ha sido vérselas con la poesía del “viejo” José Félix. Para transitar por esta inexplorada región artística del maestro barranquillero, ha habido la necesidad de enfrentarse con decisión a dos monolíticos obstáculos que franquean el paso al curioso visitante de hoy: en primer lugar “MUSAS DEL TROPICO” (1910), su primer y único libro de versos, al cumplir setenta años de su aparición, se ha convertido en una verdadera curiosidad. Los pocos volúmenes que existen (dos a lo mucho) reposan en poder de familiares y amigos del autor, de ahí que el reducido número de estudiosos que se ha acercado a su obra no se haya percatado de ella ni de las posibilidades que entraña. En segundo lugar, y lo que vendría a parecer sumamente paradójico, es el hecho mismo de que su propio autor contribuyera más que nadie al olvido de ese tomo de versos, no obstante ser “jugo de su espíritu” y en los que “vibra con trepidar de nervios y de entrañas”, insistiendo siempre con la terquedad sublime de José Arcadio Buendía. Que eran sólo “meras chanzas literarias”, meras “travesuras juveniles”.

Superada la primera dificultad por la inapreciable gentileza de personas como la nunca bien ponderada poetisa Meira del Mar, y de Elvira Fuenmayor, hija del escritor barranquillero; y rechazada la segunda en el pleno convencimiento de que el valor de una obra de arte no se mide sólo por la intención personal de su autor, sino por lo que resulta ser en la esfera estética, debemos concluir en la sensata consideración de que una actividad poética, que se remonta a más de setenta poemas y sonetos, y que se proyectan además intermitentemente a través de una vida, no solo merecen el respeto a que se hace acreedora toda actividad de arte sino también al justo reconocimiento como creación artística autónoma, con sus propias leyes de pensamiento y de lenguaje, como forma plenaria de expresión, es decir, como poesía en el sentido medular de la palabra. En tanto que un estudio por lo menos genético de la obra (prosa) de Fuenmayor exige necesariamente un tratamiento crítico o aproximado de su poemática, mucho más si se tiene en cuenta

que de los escritores nacionales, quizás ninguno sea más característico que él, en el que cada línea de poesía o de prosa va certificada de la mesura y equilibrio de su personalidad. Los versos de Fuenmayor revelan sin duda una de las facetas -quizá la más profunda e íntima- de su personalidad. Desconociéndola, pues, se desconoce en buena medida su figura.

“MUSAS DEL TROPICO Y EL PRIMER GRUPO DE BARRANQUILLA”

“Musas del Trópico” es la expresión cualitativa de un gran momento en el desarrollo de la literatura costeña. Expresión cualitativa -como veremos- de ese importantísimo movimiento cultural que se vino generando desde el nacimiento de los diarios “Rigoletto” y “El Liberal” (1902), y cobra vigencia plena en 1910. Para entonces se asiste a la consolidación del Primer Grupo de Barranquilla (1) y la aparición del periodismo moderno en la Costa Atlántica; al surgimiento de nuestros más importantes poetas tales como Leopoldo de la Rosa, Miguel Rasch Isla, Manuel Cervera, Miguel Moreno Alba, Rafael Carbonell, se les da la bienvenida a poetas y escritores de otras latitudes (algunos llegaban para quedarse definitivamente) como Eduardo Ortega, Castañeda Aragón, Adolfo Martí, Lino Torregroza, Porfirio Barba-Jacob: y comienzan a revelarse críticos y ensayistas como Julio Gómez de Castro, Julio Enrique Blanco, Antonio Luis McCausland y periodistas como Pedro Juan Navarro, Daniel Ortega, Pedro Pastor Consuegra, Julio H. Palacio y Héctor Parías ... entre otros. En fin, un vasto movimiento cultural jamás experimentado y que alcanzará su plenitud con el Segundo Grupo de Barranquilla y la ya histórica revista “Voces” (1920).

Es evidente que con la actividad desplegada por el Primer Grupo de Barranquilla, llamado también el Grupo de la Estrella o de “Rigoletto”, que orientaban las figuras de Eduardo Ortega y Porfirio Barba-Jacob, nuestra joven y vigorosa voz empezaba a violentar la difícil barrera de lo parroquial, al tiempo que se hacía sentir en toda la nación, obligando muchas veces a los cronistas del interior a decir cosas como éstas:

“Indiscutiblemente el movimiento intelectual toma cada día mayor auge en la Costa. En esas tierras cálidas, donde hasta el sol suda, todos nacen con destello de inspiración; al mismo tiempo que la materia sufre la anemia tropical, el espíritu crece y se dilata en los horizontes luminosos”(2) se logrará además traspasar la barrera de lo nacional, como es el caso, que el entonces famosísimo “Le Fígaro” de La Habana, en más de una ocasión comentara muy favorablemente y reprodujera poemas de nuestros jóvenes poetas, especialmente de Rasch Isla y Leopoldo de la Rosa.

Será, pues, bajo esta atmósfera, y como contribución del Primer Grupo de Barranquilla, que salgan a la luz pública tres importantes trabajos, que por su calidad estética reflejan ya cierta madurez. La infancia y la adolescencia poética comienzan a quedar atrás. Se manifiesta a partir de entonces, una cierta seguridad y confianza en lo que se hace y quiere. La timidez inicial de Ernesto Palacio, Julio N. Vieco, Augusto N. Samper, Julio N. Galofre, Torcuato Ortega -nuestros poetas del XIX- es desbordada con la aparición de “Musas del Trópico” de José Félix Fuenmayor, “Símbolos” de Leopoldo de la Rosa y “CARTAGENA DE INDIAS” y “ONDAS SECRETAS” de Miguel Rasch Isla. Desembocamos así, con pasos firmes y nada presuroso a la madurez poética. Y no obstante de persistir cierta timidez en Fuenmayor al considerar su libro como “mera chanza literaria”, bien podría decirse que con este libro y los trabajos de Rasch y de De la Rosa se inicia la literatura contemporánea de la Costa.

En este momento inicial y trascendental de nuestra cultura literaria es cuando “Musas del Trópico” -libro insular que muy poco tiene que ver con la poesía escrita en Colombia para 1910- realmente adquiere notable significación. Porque si bien es cierto que los trabajos tanto de Fuenmayor (25 años), como de Rasch Isla (21) y de Leopoldo de la Rosa (22) son las expresiones más cualificadas de ese momento, también es cierto que los trabajos de estos dos últimos, no adquieren aún el grado de madurez y originalidad de los versos de Fuenmayor, ni por las características que ellos presentan ni por la ambición de cambio en el oficio poético que “Musas” entraña. Todo ello no sólo por el hecho de que los trabajos de Rasch Isla y de De la Rosa hubiesen estado urgidos por un concurso o “juego floral” con ocasión de las festividades del Centenario, y “Musas del Trópico” haya sido el libro más importante que se publicara en la ciudad en el primer decenio del presente siglo.(3) sino porque no obstante de ser los sonetos de Rasch Isla dos admirables obras de pensamiento y ejecución, se hallan aún hermanados a Guillermo Valencia.

Con los versos de Leopoldo de la Rosa ocurre algo similar, a pesar de la belleza y logros de sus ciento setenta y nueve versos que integran un todo armónico y divididos, a más de la invocación, en tres símbolos que corresponden a tres épocas culminantes en la historia colombiana, lastimosamente su voz, su canto, es víctima de la estridencia retórica, víctima de la grave inflamación verbal de la época.

“FUENMAYOR FRENTE AL MODERNISMO”

En esta densa atmósfera de inflamación verbal, que caracteriza la poesía colombiana de la época, en la que no hay siquiera la menor intención de cuestionar el modernismo (con excepción desde luego de Luis C. López), bien podría decirse que Fuenmayor con sus “Musas” intenta con toda la “modestia de su numen” deshilar la palabra, volverla más seca e impactante. Reivindicándole todo su calor, vigor y naturalidad. En últimas vi-rilizar-la ante el amaneramiento de la época. Sin que por ello, no dejara, de transpirar algunas veces elementos modernistas especialmente cuando la imposibilidad de un amor perturbaba la calma de su espíritu.

Sin embargo, su obra va alejándose del Modernismo tanto como la de Luis Carlos López o la de Porfirio Barba-Jacob. En realidad Fuenmayor no era de los que fácilmente se dejara arrastrar por la corriente. En “Musas del Trópico” se nota, en suma, que Fuenmayor culmina en su obra por la índole propia e independiente que le hizo apenas accesible a la influencia decisiva y extensa del modernismo. Ya que, no obstante haber recibido de plano, durante el período de su gestación literaria, la terminación de las teorías dominantes, y en grado sumo la ampulosidad de la poesía de Eduardo Ortega (Alma Máter del Primer Grupo de Barranquilla), (4) y a pesar de su adolescencia sugestionable, supo conservar, en el caos de esa aparente rectificación estética (Modernismo), el sentido autónomo del buen gusto y las sólidas columnas de su estilo de buen abolengo, de tal modo que será poco secuaz al Modernismo, y esto, aun cuando se hallaban Rubén Darío, Amado Nervo, Gómez Carrillo, Santos Chocano, Guillermo Valencia, Díaz Miron... gozando del prestigio de la novedad.

Al igual que Rasch Isla y De La Rosa, el genio poético de Fuenmayor supo (mucho antes) decantar con maestría los elementos extraños, las influencias raizales e imprimirle a la poesía los genes de su propia personalidad: de ahí su autenticidad. Y es que aquellos muchachos del Primer Grupo -tal como lo señalara años más tarde

el propio Fuenmayor- aquellos muchachos que surgían del caos literario inicial, “no fueron imitadores. Cada uno tenía su propia independencia intelectual”. (5) Vale decir, que el hecho mismo de pretender hoy encasillar a Fuenmayor dentro de escuelas o tendencias literarias cualesquiera que sean, sería cometer el mismo error de sus eritreos contemporáneos, quienes bregaron infructuosamente por afiliarse en algún tipo de escuela, buscando probablemente la escuela dentro de él o a su alrededor y de allí que no le hayan encontrado. Seguro juzgaron pecaminoso buscar en su campo ... el de la investigación, y creatividad libre. Ahí le habrían encontrado, sin duda, como en su propia casa, sentado en un viejo taburete y bajo un ciruelo rumiando ya sobre la difícil facilidad de Anatole France.

LA CONDICION ESENCIAL DE TODO ARTE ES LA MODERACION

Cuando el joven Fuenmayor dice:

“Mi verso fluye sin ritmo
Libre o sin mácula de artificio ...
¡ En la verdad de la palabra ...”

estamos sin duda en presencia de una concepción propia de la realidad literaria, de una nueva radical concepción de lo que debía ser no solo la poesía -la verdad de la palabra liberada de todo artificio- sino también el “deber ser” del oficio poético como tal. Se cuestiona desde ya en esos versos lo que ha sido y es en esos momentos nuestra larga y artificiosa tradición literaria. Para él, cuyos versos se hermanan en cierta forma con los “Versos Sencillos” de José Martí, la condición esencial de todo arte es la moderación. De allí que la diafanidad artística venga a constituir la principal y la más alta cualidad de su poesía. No es de extrañar pues, que la aparición de “Musas” hubiese sido acompañada de las más severísimas críticas, e, incluso, el prólogo mismo, elaborado por el poeta y periodista Jorge Andueza (Alter Ego de Rafael Laza), fue objeto de ellas. De estas críticas se destaca la de un ilustre hombre público barranquillero que en “Carta Abierta” al joven poeta le dice: “Las Musas no gustan de chanzas literarias ... decir cosas alterando o desfigurando la etimología de la frase, es como si a alguien se le ocurriese vestirse al revés con el propósito de extraviar el uso burlándose de su sastre y del telar. De modo que aquel epitafio bien puede quedar en la lápida de “Musa”:

“Aquí yace un estudiante
De mediana pluma y labio



JOSE FELIX FUENMAYOR

Que trabajó por ser sabio
Y murió al fin ignorante” (6)

No cabe duda alguna que esa “retórica extraña” -tal como la llamaran- en la que no se hallan rimas de sonora repercusión, difícilmente, podía hallar eco fácil en boca del público lector de entonces, atento siempre a la palabra brillante, a la policroma vestidura del arte de hablar, dispuesto siempre a apropiarse de los pensamientos de mayor generalidad, del verbo resonante y del epigrama fácil; y por lo mismo incapaz de interpretar la subjetividad de un estado sentimental, mucho menos apreciar la particularísima rememoración que brota en son de queja a la provocación de cualquier amargura. Difícilmente su paladar podía pasar un fruto tan amargo como “MUSAS DEL TROPICO”, amargo sólo por el hecho de que todo exceso de retórica de “MUSAS” está ausente, porque todo lo que ella ostenta, persiste en la sencillez expresiva de los maestros del pasado. Sencillez o mejor: ¡VIGOR DE LA SENCILLEZ! que los enemigos retóricos y políticos de Fuenmayor confundieron con desaliño, torpeza y vulgaridad. Y es que Fuenmayor adora, la sencillez -que es por cierto expresiva de su personalidad-, mas no esa sencillez que proviene de limitar, de sacrificar las ideas sino aquella de decir lo que ve y siente o medita, con la limpidez de la palabra siempre grávida de naturalidad y espontaneidad ... en pos siempre de la verdad de la palabra.

“POESIA O PATHOS DEL HOMBRE – TRANSICIÓN”

Lejos está el joven poeta de pagar tributos al contorno de la versificación y a la elegante

consonancia del ritmo; más si esta última, por su misma expresión filarmónica, lleva lo sugestivo de la sensualidad; serán por el contrario, la fuerza y la elevación de las ideas -las mismas que son una seducción para la mentalidad- las que en cierta forma persisten en la poesía de Fuenmayor. De ahí que se le haya considerado un poeta eminentemente cerebral ... Mas si ello es cierto, tampoco deja de ser cierto que al lado, detrás o a través de esas ponderables manifestaciones mentales se transparenten y se señalen magistralmente diversos puntos de nuestro sueldo natal. Surge entonces aquí el poeta que combina al Quijote y a Sancho a la manera de Unamuno: con sólida residencia en la tierra y al mismo tiempo, la cabeza en el regazo de ignotas nubes. "Y qué he de hacer -nos confiesa el joven poeta- si yo, como buen latino, soy Quijote y Panza. Y en mis viajes sobre el lomo de palo de clavileño, mientras mi caballero de la Triste figura siente el abejo de las estrellas, mi Sancho abre un ojo" ... (7)

Pero más que esa condición de latino, hay fuerzas -en este caso sociales- de mucho mayor peso que el carácter de esta dualidad. Por ello comencemos por decir que la poesía de Fuenmayor es una poesía de Grandes Tensiones en todos sus niveles. Poesía de tensiones, producto o reflejo -sin duda- de ese Momento Transicional Único que afectó y marcó despiadadamente a nuestra primera generación de poetas. (8) De esa generación de poetas ninguno como él experimentó, tanto de espectador como de protagonista, el drama del acelerado proceso de modernización de su "vieja Barranquilla"; el final de una forma tradicional de vida y la consolidación gradual de la realidad urbana. (Barranquilla, de incipientes formas precapitalistas -comercio- a formas pre y capitalistas dependientes más desarrolladas: comercio e industrias). Todo su arte está "imprentado" por esta condición de "HOMBRE-TRANSICION". Hombre transición escindido entre dos épocas que sufre ante la impotencia para descifrar el arcano de un maremagnum social. Drama que motiva dos actitudes, que a la vez representan los dos grandes motivos poéticos de Fuenmayor. Motivos que pueden ser resumidos así: a) Pesimismo, escepticismo, angustia, soledad y rechazo a un presente activo: la modernidad: el "burdo melodrama urbano donde cada visión es un arcano". En suma nostalgia por un pasado entrañable. b) Confrontación del paisaje natural frente a la vida urbana. Y el esfuerzo por apresar y eternizar artísticamente fragmentos de esa realidad que comienza a diluirse inevitablemente.

Motivos que se patentizan en cuatro de las seis secciones que componen el libro, ellas son:

"UMBRA" y "A LA MEMORIA DE UN AMIGO" donde la angustia y la soledad personal adquieren rango universal; y "TIERRA SOLAR" que con "LINEAS" es la compenetración del hombre-escritor con su tierra natal.

Así, la fisonomía característica del poeta Fuenmayor, en orden a la disposición creadora de su entendimiento, está inicialmente reflejada en la sección llamada "UMBRA", donde cuatro sonetos: EXEGESIS, MISERIA, NADA Y EN LA VIDA, son los cuatro pétalos que forman el trébol simbólico del poeta (J. Andueza). Sonetos o mónadas maravillosas que son resumen y exponentes de su temperamento de filósofo soñador, de su inclinación al pensar profundo, reforzado todo ello por frialdad de una decepción que va abriendo brechas más profundas a la marcha de la meditación. Aquí puede advertirse -al igual que tomando la obra poética en conjunto- la descorazonadora propensión que tiene Fuenmayor a ver en todas las cosas de la vida la influencia de una fatalidad ciega y torpe. Tal parece que ella se hubiera encargado desde temprano de sacar en flor las más caras ilusiones del joven poeta. La huella de esa fatalidad se advierte a primera vista en muchas de sus poesías, así como en todos los personajes de sus novelas y cuentos. (9) Puede darse por descontado que las poesías inspiradas en ese como miedo espantoso a lo desconocido, son las que mejor nos dan a conocer la íntima reconditez de su alma y de su temperamento y, a la vez las que subrayan su condición de Hombre Transición. Es como si Fuenmayor creyera en la eterna presencia en nuestra vida de una deidad despiadada y maléfica. Resultado: pensamiento que como los de "UMBRA" vienen a ser comentarios de una filosofía agnóstica y pesimista:

"En vano la razón hondo investiga
En la verdad impenetrable y muda

.....
"Por las ciencias humanas cruza y gira
En círculos eternos la mentira ...
Bajo trágicos vientos de tristezas ..."

El sino de ser espectador y protagonista inevitable de ese pequeño mundo en transición, motiva, no un pesimismo morboso como el de Baulaire, sino el que a la par sueña y analiza:

"Si nada creo cúlpease a mí mismo
De la cruel doctrina que profeso
La intuitiva visión el mal del abismo
Que aplasta mi conciencia con su peso"

Estos son hermanos de otros que brotan bajo la misma presión espiritual:

“Secas están las fuentes milagrosas
Que amamantaron mi ambición: La racha
Ignorada y fatal, tronchó mis rosas
Con rudeza de hacha ...
Y aventólas en rondas misteriosas
En ese enorme desamparo, Nada
Ni cenizas siquiera
Mi espíritu emigró, roto y disperso
Ante su propia soledad, cobarde
Está silente el ritmo de la vida
En ese hueco cascarón liviano
Vibrar se siente su armazón podrida
Pero es que roe un lúgubre gusano”

O cuando en “MISERIA”, que es la vibración de la susceptibilidad individual al contacto de la veledad humana, mientras se va evocando la bondad sin límites del padre, se transparentan persistentes la nostalgia por el pasado y la tragedia del presente:

“A cuanto hizo rico mi riqueza
Tendí la mano a muchos que cayeron
Y cuantos mi alegría compartieron
La miseria, en mi hogar heló el contento
De la amistad, del agradecimiento
Que obtuve ayer, sufro, hoy traiciones
tantas”

Mas cuando el grito desgarrador del espíritu languidece ya muy cerca al castillo sombrío de Leopoldo de la Rosa ... Irrumpe intempestivo un torrente de vida al describirnos el poeta su maridaje con la naturaleza en “TIERRA SOLAR”, y nos confiesa a todo pulmón “EN EL CAMPO”:

“Amo la vida así, bajo este cielo
Su majestad penetra en mi conciencia
Y lo abarca mi espíritu en un vuelo
Sentir, vibrar al sol, y difundirme como una emanación, por la floresta;
Embriagarme de savia y luz: abríme
En medio de la naturaleza en fiesta
Cuánto bien le reporta
Este deslumbramiento de alegría,
A la fe que vacila y se extravía
Y cómo me atempera y me conforta
Y el ideal que reflorece ... Hermoso”

Notable el contraste de estos versos plenos de vitalidad con la desolación nocturna de “UMBRA”; contraste que subraya su condición de hombre transición que diviniza la inmediatez natural al “fatal” desarrollo urbano:

“Huir del burdo melodrama urbano
De iras y enconos y tormentas lleno
Donde cada visión es un arcano”

Actitud romántica que si bien es la celebración patriarcal de incipientes formas precapitalistas y el elogio de la naturaleza como refugio, más que hostilidad reaccionaria ante el desarrollo urbano, es la tragedia del poeta que experimenta con plena conciencia histórica la traumática mutación de la realidad, su realidad. Intenta por ello en un magno esfuerzo de poeta apresar con profundos y ligeros trazos, fragmentos de esa realidad que inevitablemente se diluye: sintomáticamente es en la sección llamada “LINEAS”, donde como en ninguna otra parte, la labor deicida busca eternizar con prodigiosa condición retentiva y descripción poco común las costumbres locales desarrolladas en la fiesta popular:

“Canta el tambor alegre que expresa el gozo
Del viejito borracho que lo golpea,
Y gime el caramillo bajo el furioso
Soplo de otro viejito que se cimbreo
Tejiendo el trepidante baile ondulado
Sigue la moza al mozo que la capea,
Mostrando con orgullo de su alboraza,
En las manos la esperma que arde y gotea”.

O la viviente claridad de ese soneto de tan difícil factura llamado “Carrera de caballos”:

“El tumulto vibra, se oye un hup lejano
Los cascos resuenan, chasquea la zurriaga
Alzase un inmenso clamor de océanos”

En estas “LINEAS”, antítesis de “UMBRA”, difícilmente podía pasar inadvertido al ojo avisar de Sancho, el ente humano que viciado en la morfina:

“A paso de camello casi como un guiñapo
Pasa, con su ridícula caballera de trapo
Y con su torva y lúgubre mi rada de ladrón
Es un cadáver vivo, lo amortaja un harapo
Un sueño lo sostiene, le guía una ilusión.”

El tono general y la enorme carga de intensidad de “Musas del Trópico” proviene de estas tensiones profundamente temáticas que afectan toda la estructura del libro. De allí que hayamos definido la poesía de Fuenmayor, como una poesía de grandes tensiones. En donde coexisten el Quijote -en versión escéptica y pesimista, es decir, demasiado cuerdo ante el drama humano- y el dejo realista de Sancho Panza. De ahí también, que sean versos que unas veces asemejen la caricia lenta y apagada de una fuente de aguas que lame un lecho de piedras menudas, como es el caso de “Canción de otros días”, donde adquieren un aire de belleza singular al principar así:

“A la ventana que incensaba
Con sus tiestos las horas de la vida
Cuyo balconcito semejaba,
Una canción de flores suspendida,
Después de tanto tiempo torno ahora
Como entonces solía ...”

Y otras, como en “PRISMAS”, ya de conformación violenta donde los versos van como el rumor de un ton ente que va desgarrando la tierra, mientras la saeta del rayo gesticula con ira y entonces, bajo la evocación amarga de un amor ofrece Fuenmayor con toda la belleza con que los clásicos ornaban (por el dolor) la rebeldía del anhelo vencido:

“(...) La historia de siempre: Un largo viaje
El derrumbe del tiempo entre el salvaje
El estrépito de un mar de sangre y fuego
Entonces, el horrible desengaño,
La desesperación, el odio, la ira
Y aún, sobre el abismo' del engaño
Un loco fuego fatuo de mentira:
Después ... en ronda trágica de duelo
Los recuerdos, las noches sin reposo
Y en el ámbito negro y silencioso
La silueta fatídica de Otelo ...”

En fin poesía o puñado de versos:

“Rojos de tempestad, blancos de calma
En el mal de vivir despego y ansia
Alegría, dolor, ruego, insolencia
Dulces, nobles, perversos,
Honda sonda de ideas, frívola sal de ingenio
Qué sé yo cuántas cosas de estulticia y de genio”

Sin duda Fuenmayor, no padeció de aquella encrucijada conflictiva que atormentó a Leopoldo de la Rosa y que tuvo que ver con los dolorosos trances de su existencia, la disyuntiva de la dualidad pascaliana: el pronunciamiento hacia la realidad de lo vital, hacia la realidad exterior, o el resolverse por algo menos contingente, lo espiritual. Tal dualidad le es de por sí consustancial. Por eso sus frágiles alas jamás alcanzarán el poder aleatorio y liberador del vuelo de De la Rosa, ni el carácter mundano y la carencia de “enigmaticidad” de Luis Carlos López. Cada vez que su vuelo se remonta en demasía se ve perturbado por los escandalosos estertores del mar o sus alas derretidas, por el inclemente calor de ... las espermas de una CUMBIAMBA.

NOTAS

1) De un tiempo para acá, hemos venido sosteniendo la existencia de más de un “grupo” en el desarrollo de la cultura del Atlántico. Hecho que también ha sido señalado por Don Germán Vargas y Alvaro Medina.

2) Duval, Roberto. La Prensa de Barranquilla. Diario “EL PROGRESO” Barranquilla, Abril 23, 1911.

3) Del novecientos hasta el remontar de la primera década, sólo hay espacio para esa poesía “tan linda y tan ridícula” de Eduardo Ortega y los lacrimosos novelones de A. Zacarías López Penha.

4) Con ocasión a la muerte de Ortega (1908), y refiriéndose a la influencia que éste ejerció sobre él, Fuenmayor dice entre otras cosas: “por un tiempo aún rendí tributo a lo artificial de aquella poesía desaparecida, tan linda y tan ridícula”. (Recuerdo de una vida literaria Barranquillera). Citado por Gómez Olaciregui en: “Prensa y Periodismo en Barranquilla”. Siglo XX. Ediciones Lalemand - Abramuck, Barranquilla, 1979.

5) Ibidem.

6) Palacio, Rafael. “Una Carta”. Rigoletto. Noviembre 12, 1910

7) “Cuatro palabras”. “Musas del Trópico”.

8) Generación, que en este momento transicional, no sólo se vio afectada por los vertiginosos cambios que experimentaba la ciudad, sino que se hallaba marcada ya de hecho, por fenómenos nacionales como las guerras civiles, la humillación por el caso de Panamá y la dictadura de Reyes. De donde surge la característica que le define claramente como el Primer Grupo de Barranquilla:

El sentimiento trágico de la vida. Véase por ejemplo la poesía de sus miembros: Barba-Jacob, Fuenmayor, De la Rosa, Torregroza, etc.

9) Al respecto ha dicho Ernesto Volkening: “El arte de Fuenmayor se nutre en el fondo, de lo incomunicable de una experiencia vital que, a su vez arraiga en el sentimiento trágico de la vida”.

BIBLIOGRAFÍA BASICA

“MUSAS DEL TROPICO”. Fuenmayor, José Félix. Barranquilla, 1910, Xerocopia de la primera edición.

“POEMS”, By Fuenmayor, José Felix. Taranta. 1961, Edición Bilingüe.